

Leyendas de Villarrobledo

Las Beatas

Llámase beata a la mujer que sin estar sujeta a una estricta orden conventual lleva una vida de virtudes y ejemplo a sus semejantes, distinguiéndose del resto por el hábito que ella elegía, como manifestación de su estado. La reunión de varias mujeres constituía lo que se llamaba beaterio, del cual podía surgir, como así fue, el convento de las Carmelitas descalzas, –desaparecido para siempre, con su arcada monumental del patio y que fue su fundadora, junto a otras beatas la venerable María Agueda de la Natividad, a decir del Padre Francisco de la Cavallería.

Ya hacía tiempo que funcionaban dos conventos en Villarrobledo el denominado monasterio circercense (San Bernardo) y la orden de San Francisco, bajo la advocación de Santa Clara. El primero de ellos, dada su gran fama, llegó a reunir en el siglo XVII, 102 religiosas, muchas de las cuales contaban con su servicio particular y no estaban sujetas a la estricta observancia de las reglas establecidas, dado que provinientes de familias poderosas de la villa aportaban dotes cuantiosas en tierras y casas, este número de religiosas llegó a contar con once capellanes y siete administradores, ya que sus propiedades, hasta la desamortización de Mendizábal, se sumaban en miles de fanegas. Venimos a sacar estos pormenores dado que este convento fue el primero que construyó fuera de la ciudad una gran casa (actualmente, Casa de las Monjas), que servía como sanatorio a las religiosas que necesitaban los aires puros del campo.

Las beatas surgían como hongos, alguna de ellas se las vio con la Inquisición, ejercida por los frailes dominicos, y cuyo inquisidor tenía su domicilio en la calle de San Clemente, casa actual de José Antonio Díaz, dado que la vigilancia de los referidos religiosos era tan minuciosa que los dedos se les hacían huéspedes. El velar por la ortodoxia era el fin primordial, y no era extraño ver en

aquellos tiempos y aun después, desfilan penitencialmente con los “sambenitos” –sayal y mitra–, a los así castigados por el Santo Oficio, posteriormente, y en lo que fue el altar de Animas de la Iglesia de San Blas, se veían colgados dichos “sambe-



nitos”, de lo que ha quedado el refrán “me han colgado el sambenito”.

Y repasando el esplendor de un convento como San Bernardo y otro no menos interesante, el de